

José Domingo Vilaplana Guerrero

AYER Y HOY
DEL MATERIALISMO

PARA UN DIAGNÓSTICO
DE NUESTRO TIEMPO



SENDEROS

© José Domingo Vilaplana Guerrero
© Editorial Senderos (2022)

ISBN: 978-84-124528-2-2
DL: SE-842-2022

PRODUCCIÓN EDITORIAL: Los Papeles del Sitio
DISEÑO DE CUBIERTA: Laura Anaya

EDITORIAL SENDEROS
C/ Poeta Manuel Benítez Carrasco - Bloque 6 - Local 7
41013-Sevilla (ESPAÑA)

[Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización]

A
MANUELA,
MI VIDA, MI AMOR

ÍNDICE

<i>PREÁMBULO</i>	13
<i>INTRODUCCIÓN</i>	17
<i>CAPÍTULO I: GEOGRAFÍA CONCEPTUAL DEL MATERIALISMO</i>	23
<i>CAPÍTULO II: MATERIA, MATERIALISTA, MATERIALISMO</i>	39
<i>CAPÍTULO III: MATERIALISMO, HUMANISMO E ILUSTRACIÓN</i>	49
3.1 Filosofía e ideología materialista	49
3.2 La matriz renacentista del materialismo moderno	54
3.3 Transición del materialismo moderno al materialismo ilustrado	61
3.4 El materialismo ilustrado	75
<i>CAPÍTULO IV: EL SIGLO XIX Y LA FRACTURA DEL MATERIALISMO</i>	83
4.1 El Idealismo y la fractura del materialismo	86
<i>CAPÍTULO V: LOS MATERIALISMOS DEL SIGLO XX</i>	93
5.1 Materialismo positivo y materialismo dialéctico	95
<i>CAPÍTULO VI: DE CERCA. EL MATERIALISMO DIALÉCTICO</i>	99
<i>CAPÍTULO VII: DE CERCA. EL MATERIALISMO POSITIVO O NATURALISMO</i>	109
<i>CAPÍTULO VIII: LAS CRÍTICAS DEL MATERIALISMO DIALÉCTICO AL MATERIALISMO POSITIVO</i>	115
8.1 Evolucionismo	116
8.2 Determinismo y libertad	120
8.3 Matematicismo, mecanicismo, físico-químismo, energetismo	124

<i>CAPÍTULO IX: LAS POSICIONES DEL MATERIALISMO DIALÉCTICO</i>	
CO	131
<i>CAPÍTULO X: NEOPOSITIVISMO, O EMPIRISMO LÓGICO, Y MATERIALISMO DIALÉCTICO</i>	
.	141
<i>CAPÍTULO XI: EL MATERIALISMO NEOPOSITIVO CONTRA EL MATERIALISMO DIALÉCTICO. ¿DEBATE O SIMULACRO?</i>	
.	149
<i>CAPÍTULO XII: VIDA, MENTE, VALORES, CULTURA, DEVENIR, CONCIENCIA, LIBERTAD... UNA APROXIMACIÓN DESDE LA PERSPECTIVA MATERIALISTA ACTUAL</i>	
.	161
<i>PARA UN DIAGNÓSTICO DE NUESTRO TIEMPO</i>	
.	169
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	
.	175
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	
.	178

El hombre, nos lo han dicho muchas veces, es un oscuro enigma; pero, ¿en qué lo es más que el resto de la naturaleza?

VOLTAIRE, *Mélanges* (*Misceláneas*)

PREÁMBULO

Es incalculable el número de libros que podrían escribirse con el mismo título que éste, *Ayer y hoy del materialismo*. Seguramente tantos como autores dispuestos a hacerlo haya, materialistas o no, y en ninguno de ellos encontraríamos el mismo contenido. Si aceptamos realizar este experimento mental y reconocemos que en cada obra examinada encontramos un contenido distinto, quizá con parecidas alusiones a determinados antecedentes pero con apreciaciones de fondo claramente diversas, cuando no divergentes o contrarias... comenzaríamos a comprender. Comprenderíamos, primero, que el contenido conceptual del vocablo *materialismo* no es unívoco, sino más bien equívoco y esquivo; segundo, comprenderíamos que dependiendo del momento histórico en que fueron escritas sus autores tendieron a concebir y discutir el materialismo en unos términos o en otros, es decir que las nociones dominantes de materialismo son cambiantes, y no sólo históricamente sino también personal o biográficamente. Comprenderíamos, en definitiva, que la pregunta que late bajo el título de nuestro libro, *¿Qué es el materialismo?*, no puede ser respondida ni siquiera desde el consenso entre los mismos materialistas, como tampoco entre los anti o contra materialistas, estos a quienes los autodenominados materialistas califican con los adjetivos supuestamente opuestos de *idealistas*, *trascendentalistas*, *espiritualistas*, o de mil otras maneras. Es, pues, la propia existencia de libros titulados como este lo que pone de manifiesto la imposibilidad de definir extemporalmente el materialismo, como si se tratara de un hecho objetivo y exactamente descriptible. Al contrario, el materialismo no es definible de una vez por todas y ninguna definición que pudiéramos ensayar es completa ni universalmente aceptada, ni entre los materialistas ni entre sus contrarios. Es decir, con el materialismo sucede lo mismo que con cualquier otro concepto filosófico o integrado en la órbita filosófica: son esencialmente problemáticos, nacidos precisa-

mente de la necesidad de comprensión y de la dificultad, si no imposibilidad, de lograr la expresión que satisfaga plena y —aún menos— definitivamente esa necesidad.

Las consideraciones sumarias que anteceden son imprescindibles. Sólo así podremos demarcar la pretensión y el alcance de este breve ensayo en que el autor pronto se diluye en un *nosotros* con la pretensión de incorporar al lector como espectador cómplice, tan preocupado y atento a lo que nos sucede como el mismo autor al que acompaña. Porque el materialismo es algo *que nos sucede*. Pero no nos engañemos: no hay espectador neutral ni imparcial; no hay autor —ni lector— capaz de ocultar su propia valoración crítica. A pesar de ello, en este ensayo el lector encontrará antes un relato expositivo de la génesis y estrategias del materialismo, en la actualidad ya mutado en superideología dominante, que una historia del materialismo; antes un diagnóstico de nuestro tiempo que una descalificación sistemática. Así, el autor, reservando sus argumentos descalificadores para mejor ocasión, intentará exponer desde su propia comprensión lo que *tienden* a pensar los materialistas acerca de problemas habitualmente tratados o tenidos por filosóficos, sin rehuir la polémica sobre la especificidad filosófica de muchos de ellos y su delimitación respecto de otros: científicos, políticos, ideológicos o culturales, con desesperante frecuencia amalgamados en un complejo de significaciones y de mutuas contaminaciones literalmente indescifrable.

En esta obra, una de tantas que pudieran llevar en su portada el mismo título u otro similar, el lector puede buscar, y espero que encontrar, un acercamiento al modo de pensar materialista, casi diría un acercamiento al estilo de pensamiento materialista y a lo que en general ese estilo de pensamiento ha sugerido como respuestas a las preguntas filosóficas y a tantas otras derivaciones en que históricamente el propio interrogar filosófico se ha desdoblado o, cabe decir más poéticamente, ha florecido. Encontrará, pues, el lector alusiones y referencias a los momentos germinales de ese estilo de pensar así como a las etapas apreciables en su desarrollo y en sus transformaciones históricas, y cómo no a algunos de sus protagonistas; muchos entre ellos ni llegaron a sospechar que lo fueran, aún menos se hubieran reconocido como tales, habiendo sido otros quienes los incor-

poraron, sin posibilidad de defensa, a sus propias huestes. Este fenómeno de asimilación o adscripción discrecional sin opción a réplica por parte del asimilado no es sólo frecuente, sino que da idea de hasta qué punto el materialismo es para cada materialista lo que él haya decidido o entendido que sea. Por este motivo recurrimos preferentemente a la expresión «los materialistas», como actores históricos, a veces en solitario, otras en familia, en vez de a «el materialismo», sujeto abstracto; no hay lo segundo sin los primeros, y este es un matiz que no debe ser olvidado; lo contrario sería colocar el carro delante de los bueyes e ignorar que las doctrinas nacen en la mente de los hombres y que no hay dos mentes iguales capaces de producir los mismos pensamientos.

INTRODUCCIÓN

SE ha identificado el materialismo con un estilo de pensamiento, es decir que más allá del contenido que cada pensador materialista otorgue a su materialismo todos los materialistas parecen compartir unas determinadas tendencias o inclinaciones en su manera de pensar. Por ejemplo, es más que habitual, se diría que una condición, entre los materialistas la tendencia a ser ateos, o como poco agnósticos. Igualmente, desde el siglo XVI, tienden a manifestar una rendida confianza en la ciencia, o en las posibilidades del conocimiento humano, lo que suelen traducir en expectativas de progreso, un progreso creciente e ilimitado que se irá operando en todos los ámbitos de la vida humana, si bien no al mismo ritmo ni con la misma profundidad. Hay muchas otras tendencias o inclinaciones propias del modo o estilo de pensar materialista, ya veremos algunas, pero cuando decimos *estilo de pensar materialista* es a esto a lo que estamos haciendo referencia: a una especie de pauta, idiosincrasia, o rasgo identificador de los miembros que integran la comunidad de pensadores calificables de materialistas; sin perjuicio, no obstante, de que alguien pueda declararse ateo y no materialista, pero es insólito, precisamente por ser incoherente con ese estilo al que nos venimos refiriendo. Pero de todo hay.

El estilo, pues, en tanto pauta o idiosincrasia, se define en un modelo de pensamiento. Todo modelo de pensamiento no deja de cristalizar en un pensamiento concreto, o sea en una abstracción eidética, o como suele llamársele: una filosofía, una visión del mundo, concreta en su generalidad. Es ahí, en los contenidos concretos de esas filosofías o cosmovisiones donde difieren los materialistas entre sí, hasta el punto de que el espectador puede reconocer históricamente distintos materialismos, también en la actualidad. En efecto, históricamente encontramos versiones diversas de materialismo, además de distintos materialismos. Por ejemplo, el materialismo mecanicista clásico

es distinto del materialismo dialéctico, pero a su vez, entre los materialistas dialécticos cabe distinguir las versiones de Engels o Lenin de las actuales versiones de Eagleton o De Paz, entre tantos otros. Como sucede entre el materialismo mecanicista de Epicuro y el de Laplace. Todos ellos, no obstante, son materialistas, es decir tienden a concebir todo lo real en términos inmanentistas, autolimitado por la materialidad esencial, son por tanto monistas, o tienden a serlo, además de antiidealistas y progresistas. En la medida en que esta tendencia o estilo de pensamiento ha existido siempre en la historia de la filosofía, y no de manera residual o marginal sino constituyendo uno de los ejes que la vertebran, cabe decir que el materialismo es antes que nada una filosofía, aunque visto desde la perspectiva ético-práctica y programática esa filosofía adquiere el rostro de una ideología, y no sólo de izquierda: socialista o comunista, como ha sido desde el siglo XIX, en la actualidad se encuentra plenamente instalado también en la derecha, liberal o capitalista. He ahí su triunfo indiscutible.

Distinguir entre la faceta filosófica del materialismo y la ideológica es fundamental, pero el lector que se acerque a este libro interesado en saber qué es el materialismo debe tener presente desde el primer momento que también es una ideología, y que con frecuencia la carga ideológica eclipsa los fundamentos filosóficos y desdibuja los aspectos teóricos de su cosmovisión en aras de un cúmulo de sobrentendidos acríticos que operan como un bloque inexpugnable. Es lo que sucede cuando el pensamiento muta en dogma. Es decir, cuando pierde los recursos que le permitían revisar y cuestionar sus propios hallazgos, sus propias certezas, y se convierte en una doctrina. Establece entonces el materialismo, como cualquier otro dogma, una especie de suelo firme e inatacable sobre el que concebir, asistido por cuantos instrumentos habilita para su causa: lenguaje, lógica, ciencia, dialéctica... un modelo de vida y hasta un programa guía para la ejecución de ese modelo. El materialismo, mutado en ideología, tiende a integrar en su cosmovisión programática tanto al individuo como a la comunidad de individuos, al conjunto de la sociedad, ante los que exhibe una irreprimible vocación ejecutiva, práctica y reformista. Se dirá que de idéntico modo operan los idealismos de cualquier condición: absolutos, dualistas, espiritualistas, trascendentalistas... o abier-

tamente teológicos o religiosos. Se dirá, y se remitirá a la historia del idealismo y de sus versiones o variantes para probarlo, que también incurre en el vicio ideologizante y dogmático. No negaremos desde aquí esta acusación, por supuesto, pero si traemos a colación esta característica propia de las grandes cosmovisiones, a saber: el riesgo o la virtud de fraguar ideologías, es por marcar un rasgo diferencial entre idealismo y materialismo que desde su propia raíz opera como factor determinante en su proyección histórica: nos referimos al fundamento de sus respectivas certezas. Si bien tanto el idealismo como el materialismo nacen de la confianza en la razón como instrumento autónomo de conocimiento, del supuesto de racionalidad del orden natural y del esfuerzo por conectar la racionalidad del conocimiento con la racionalidad del orden natural, pronto, desde el comienzo mismo del filosofar, irrumpe la duda, la sospecha, como un telón de fondo, y de sombras, sobre todas las conquistas de la razón y de los sentidos, sobre todas las conquistas de la inteligencia humana. Esa doblez intelectual que es la duda, ese rasgo existencial y casi trágico que comporta la razón, no invade por igual las mentes de los filósofos, ni induce a adoptar la misma actitud ante lo desconocido. Para unos, los de tendencias idealizantes, las apariencias engañan, o pueden engañar: se abre ante ellos una brecha entre lo real y lo aparente; lo aparente es una realidad vicaria, dependiente, refleja, cuya raíz acaso esté fuera de lo fenoménico, de lo aparente mismo; nace incluso la sospecha de que el conocimiento humano sea limitado, y por tanto siempre insuficiente o escasamente fiable. Para otros, los de tendencias materializantes, lo aparente es lo real, cuyos condicionantes causales son acaso desconocidos, pero se irán conociendo progresivamente, tal es la expectativa irrenunciable del materialismo moderno y actual. No hay más realidad, para los materialistas, de la que lo aparente sea deudor que otra realidad susceptible de manifestarse, igualmente aparente, que opera como causa determinante o desencadenante, y nada para ellos desautoriza el supuesto de que todo lo real material (ya trataremos sobre las distintas versiones materialistas acerca de la materialidad de lo real) comparta la misma racionalidad que la inteligencia humana. La gestión de la duda constituye, pues, el original rasgo diferenciador entre sendos estilos o tendencias de pensamiento, el idealista y el materialis-

ta. Entre los materialistas encontramos un cierto optimismo histórico, en coherencia con esa confianza básica en el progreso y, en último término, en el ser humano a través de las posibilidades que le abre el conocimiento. Hasta en Nietzsche es apreciable ese optimismo, a pesar de su martillo destructor y de su delirante alegría, como también lo es en Roger y Francis Bacon, en Galileo, en Comte, en La Mettrie o en Marx, por citar algunos autores asimilados por la causa materialista, bien en parte o en todo. Todos ellos fueron destructores de algo, destructores para construir un nuevo edificio de realidad verdadera. Así lo creyeron a pies juntillas. Desde hace tiempo, hasta hoy, ese optimismo militante del materialismo, que no estuvo en sus orígenes griegos, se manifiesta como expresión de un reformismo progresista también ilimitado, como el conocimiento mismo. A su vez, ese progreso involucra, muy señaladamente, la reforma del ser humano. Siempre lo estuvo desde la perspectiva materialista: Marx invocó el advenimiento del «hombre nuevo», transformación histórica del hombre *dividido*; Nietzsche apeló al «superhombre», un hombre renovado de fuerza y energía vital; o Darwin, quien acaso inadvertidamente propicia con su evolucionismo, hoy capitalizado por el materialismo, la concepción de que todo está afectado por una corriente ilimitadamente transformadora, también el ser humano, de resultados imprevisibles. En la actualidad, siguiendo esa orientación materialista, se postula la superación de las diferencias sexuales, o se concibe lo que ha dado en llamarse «mejoramiento humano» como una vía para transhumanizarnos, o se promueve el poliamor o las relaciones abiertas como forma de superar lo que lleva demasiado tiempo siendo igual, y por tanto ha caducado en el siglo XXI. En cualquier caso, el recurso al conocimiento ilimitado, propio del materialismo, no es sino un modo de autoapropiación del hombre respecto de sí mismo, lo que le autoriza no sólo al dominio de la naturaleza, también al dominio de sí. No hace falta ser más explícitos para atisbar las consecuencias a que estos postulados pueden dar lugar.

Un ensayo con elementos críticos como este que pretendemos realizar requiere de un cierto orden expositivo. Ya se ha dicho que el materialismo es antiguo, tanto como el pensamiento filosófico, si no más, como asegura el historiador de la filosofía francés Émile Bréhier,

y se ha manifestado con diversos y distintos rostros en la historia de esa *continuación* que es todo pensamiento. Será necesario, por tanto, identificar esos rostros del materialismo y dejar que expongan sus verdades y, si alcanzan a ello, los fundamentos de esas verdades. Previamente deberemos delimitar un poco más el territorio materialista, y esto habremos de hacerlo por contraste: caracterizaremos lo que pudiéramos llamar los universos idealista y materialista a fin de hacer más apreciable ese estilo, esa huella, esa idiosincrasia propia de cada uno, pero más enfáticamente la materialista, cuyos rasgos reconoceremos en cualquiera de sus manifestaciones, que al fin y al cabo es el objeto de este ensayo. No anima al autor hacer historia del materialismo, ni siquiera pretende que lo historiográfico ocupe un lugar dominante. Recordemos que el espectador nunca es neutral, pero tampoco arbitrario, por eso centrará su atención en aquellos aspectos del materialismo que interpelan al mundo que vivimos ahora, y por tanto a quien escribe y a quienes lean este escrito. Se trata, pues, de responder no sólo a la pregunta qué es el materialismo, sino qué es el materialismo hoy, y en qué aspectos de nuestra actualidad es apreciable su influencia y su presencia. Como se ha sugerido, prima el diagnóstico y su etiología sobre la crítica; ésta sería tarea para un ensayo quizá complementario a este. *¿Por qué no soy materialista?*, cabría titularlo. Ahí sí entraríamos de lleno en la crítica, en la criba que separe el grano de la paja, o el oro de la arena, y ya veríamos cuánta riqueza aporta lo que quede en el cedazo. Pero eso lo dejamos para el futuro, ese acaso indescifrable.